

trata de responder en el último capítulo (*Mujeres y hombres identificados con Cristo, como San Pablo*). La razón estriba en que son textos dirigidos a las personas que viven en medio del mundo y que encuentran en este elenco una «referencia cercana y asumible para su propia vida» (p. 237). En el fondo, es una consecuencia del modo en que el fundador del Opus Dei leía la Sagrada Escritura. Porque escuchaba en esos escritos «la Palabra de Dios, que le habla hoy» (p. 10) y porque en su lectura «entraba en esas escenas como protagonista» (p. 10), Josemaría Escrivá de Balaguer fue capaz de advertir que el mensaje paulino, en sí mismo, es plenamente adecuado para el mundo de hoy.

Fernando Milán

Antonio VÁZQUEZ, *Juan Larrea. Un rayo de luz sobre fondo gris*, Madrid, Palabra, 2009, 270 pp.

Antonio Vázquez publica una semblanza sobre mons. Juan Larrea Holguín, arzobispo de Guayaquil, fallecido con fama de santidad en 2006, cuyo proceso de canonización se encuentra en fase de preparación.

Al comienzo del libro, el autor marca con claridad el objetivo de su trabajo: «Los apuntes que el lector encontrará a continuación no tienen otro propósito que dibujar una semblanza sobre la que aparecerán, con el tiempo, auténticas biografías que recogerán distintos aspectos de su personalidad que ahora sólo me atrevo a bocetar» (p. 13). Todavía falta tiempo para tener la necesaria perspectiva histórica de la vida y trabajo pastoral de este prelado, pero es importante ir recogiendo los testimonios y la documentación pertinente.

El título de esta obra proviene de un texto escrito por el propio Larrea, al narrar una experiencia personal después de impartir clases de cultura general y de alfabetización junto con otros jóvenes universitarios en Quito. «Una noche de intenso aguacero regresaba empapado por esas calles y procuré hacer un poco de oración mental mientras me seguía penetrando el agua. Pedía con intensidad al Señor hacer lo que realmente le complaciera a Él; no se me ha borrado el recuerdo de esa natural experiencia espiritual, que también influyó en mi determinación de pedir la admisión en el Opus Dei, años después» (p. 15). Y, a continuación: «Todo se debe al rayo de luz, la ráfaga de claridad que cambia totalmente el aspecto de una existencia, al contraste magnífico de la acción de Dios en la vida vulgar y corriente de una persona cualquiera» (p. 17).

Juan Larrea nació en Buenos Aires (Argentina) el 9 de agosto de 1927, cuando su padre era ministro plenipotenciario del Ecuador en ese país. Fue doctor en Derecho civil por las universidades de Roma y Quito, y doctor en Derecho canónico por la Universidad de Santo Tomás de Roma.

Conoció al fundador del Opus Dei en 1948 en Roma y pidió la admisión en el Opus Dei en 1949. Regresó a Ecuador en 1952, donde ejerció como abogado y fue profesor de la Universidad Central de Quito. Llegó a ser un jurista destacado en su país como muestran sus abundantes publicaciones.

Recibió la ordenación sacerdotal en 1962. En 1969 Pablo VI le nombró obispo auxiliar de Quito. Posteriormente, fue obispo de Ibarra; primer obispo de las Fuerzas Armadas, y arzobispo de Guayaquil desde 1989 hasta 2003. Como sacerdote y luego como obispo desempeñó una gran labor pastoral, predicando numerosos retiros espirituales, visitando las parroquias de sus diócesis, e impulsando la actividad de formación de los seminarios diocesanos.

Como resalta el autor de esta semblanza, mons. Larrea llevó también a cabo una catequesis plástica (pp. 237-239). Es decir, impulsó la construcción de templos y santuarios como el del Divino Niño de Durán, la Virgen de Fátima, o el del beato Juan XXIII. También promovió la ampliación de otros, como el de la Alborada o en la reforma de la catedral de Guayaquil, la Virgen del Panecillo y la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús. Finalmente, la construcción y consagración de una iglesia en Guayaquil, dedicada a san Josemaría.

Junto con la actividad pastoral, la vida de mons. Larrea como obispo se concretó en su tarea de gobierno. En primer lugar, en las diversas diócesis donde trabajó y en la puesta en marcha del Ordinariato Militar. Asimismo, tuvo un papel importante en la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, en las visitas a congregaciones religiosas encargadas por Roma y en la fundación del Instituto Superior Pedagógico de Guayaquil. El sentido jurídico que tenía desde joven encontró aplicación en las orientaciones que dio sobre la Ley de la Reforma Agraria, la Ley de Libertad Religiosa y la Ley de Administración del Estado.

Falleció el 27 de agosto de 2006. Sus restos descansan en la catedral de Guayaquil.

José Carlos Martín de la Hoz